

Medidas, tipómetros y corrección de textos

José Martínez de Sousa

Ortotipógrafo

Introducción

Seguramente, algunas de las personas que no frecuenten el mundo de la artes gráficas, la tipografía y la bibliología ni siquiera imaginan que la cuestión de las medidas en el impreso es, desde hace mucho tiempo, un verdadero galimatías. Es muy probable que, de tratarse de otro campo, ya se hubiera levantado más de una voz para denunciar el hecho de que en un mismo impreso, un libro por ejemplo, confluyan para definirlo y configurarlo varias unidades de medida. Entre los tipógrafos, que se ve que somos gente paciente y pacífica, no sucede nada a pesar de que:

1) los pliegos de papel en que se imprimen los libros se han medido clásicamente, y todavía se hace así en muchos casos, en centímetros, pero la ISO, en sus formatos normalizados, los expresa en milímetros;

2) los formatos de los libros se dan normalmente en centímetros, aunque por lógica, si el papel se puede dar en milímetros según normas de la ISO, deberían expresarse en milímetros cuando se usen papeles normalizados, y así se hace a veces tanto si el papel es normalizado como si no;

3) las medidas de la parte impresa de la hoja de papel, es decir, el rectángulo al que damos el nombre de *página*, *mancha* o *caja de composición*, se establecen de la siguiente manera: la anchura, clásicamente en cíceros, y modernamente, en autoedición, en milímetros u otras unidades de medida (por ejemplo, en pulgadas inglesas); la altura, en líneas del cuerpo de composición;

4) los cuerpos o tamaños de las letras con que se componen los textos se dan en puntos tipográficos, sean del sistema Didot o del angloestadounidense;

5) la anchura de las columnas que pueda llevar esa página, si lleva más de una, se mide en ciceros o milímetros;

6) los grabados que se incluyan en la página o en la columna, que están medidas en ciceros o milímetros, se dan en milímetros.

La situación se complica algo si tenemos en cuenta que modernamente, con la autoedición, todo se puede contar en milímetros o en otras unidades de medida definidas por el ordenador, menos la altura de la página, que sigue contándose en líneas de texto. Aunque estas equivalgan o se aproximen a un número de milímetros, no tiene sentido expresarse en ellos, siendo así que la altura de la página equivale a los puntos tipográficos de una línea, lo que llamamos *cuerpo*, multiplicado por el número de líneas. Por consiguiente, el resultado de sumar equis líneas, o de multiplicar la altura de una línea por el número de líneas de la página, dará un número de puntos, no de milímetros. Otra cosa es que, para determinar la medida de la altura de la página de texto, lo hagamos en un determinado número de milímetros que comprenden una cantidad de líneas enteras.

Pero, si seguimos escudriñando en este terreno, nos daremos cuenta de que el galimatías sigue, es más amplio. En efecto, para hacer más difíciles las cosas, en el mundo existen dos sistemas de medida tipográfica: la europea o de Didot, cuya unidad se llama *cíbero*, y la angloestadounidense, cuya unidad se llama *pica*. Cada una de ellas tiene 12 puntos, pero solo en eso coinciden: las dimensiones de estos puntos no son iguales. La situación podría calificarse de caótica, y algo de caos se produce, en efecto, pero no tanto como se podría imaginar. Recordemos que como sistemas generales de medición tenemos, por un lado, el sistema internacional de unidades (el antiguo sistema métrico decimal, de implantación mayoritariamente europea) y por otro el sistema imperial anglosajón. Pues bien, aplicados los dos sistemas, simultáneamente o en operaciones sucesivas, da como resultado el hecho de que se estrelle contra Marte una sonda enviada con los datos en uno de los dos sistemas y obligada a aterrizar con los datos en el otro sistema. Tal vez esta enorme pérdida económica podría interpretarse como una forma de protesta de la máquina ante la estupidez humana.

Afortunadamente, en el mundo de la tipografía y la bibliología aún no se ha dado una catástrofe semejante, ni es probable que se dé, ya que los tipógrafos siempre terminan apañándose para convivir con lo irracional. Quién lo diría, ¿verdad?, considerando el interés que el mundo de la tipografía y la bibliología muestra siempre por el orden y la coherencia interna del impreso bien realizado, por la obra bien hecha... No sé si de todo esto sería legítimo extraer la conclusión de que es mejor vi-

vir en el caos que en determinado orden, ya que el azar termina colocando cada cosa en su sitio... si antes no las ha estrellado...

1. Historia de la medida tipográfica

La necesidad de una medida tipográfica no se siente hasta bien entrado el siglo XVIII. Anteriormente cada impresor de cierto fuste tenía su propia fundición de tipos dentro del taller donde componía e imprimía (pienso, por ejemplo, en Christophe Plantin, de Amberes), con lo que los parámetros del trabajo venían impuestos, si acaso, por un lado por los fundidores generales, los que surtían de letra a las imprentas que carecían de fundición propia, y por otro por los fabricantes de las máquinas de imprimir, que sin duda establecían una de las dimensiones del tipo: la altura, por cuanto, una vez colocado el molde impresor en la platina de la máquina, era necesario que alcanzara la altura suficiente como para que el cilindro que portaba el papel de impresión entrara en contacto con el molde. Pero esto no sucedió hasta el primer tercio del siglo XIX, en la época de la imprenta mecánica, cuando en 1810 Friedrich König y Andreas Friedrich Bauer inventan y construyen la primera prensa de vapor, que era al propio tiempo la primera prensa de cilindros. En este momento la altura de la letra tiene importancia capital por lo que hemos dicho: el cilindro portapapel tiene que poder establecer contacto con el molde; de lo contrario no hay impresión.

1.1. *La medida de los tipos*

De hecho, desde Gutenberg (mediados del siglo XV) hasta el primer tercio del siglo XVIII (es decir, casi trescientos años) los diseñadores y fundidores de tipos (Griffo, Jenson, Garamond, Granjon, Caslon, Van Dyck, Grandjean, Baskerville, etcétera) no tropezaron con problema alguno en relación con la medida de altura, cuerpo y espesor. En efecto, la prensa de uvas renana adaptada por Gutenberg para la impresión de sus trabajos, que hasta finales del siglo XVIII solo habría de sufrir tres modificaciones importantes (Conrad Sasbach, 1493; Janszoon Blaeu, 1620, y François-Ambroise Didot, 1777), por su peculiar estructura (la presión se ejercía de arriba abajo) no requería una medida estandarizada de los tipos tanto en lo que respecta a la altura como al cuerpo. El entintado de la forma, operación tan importante hoy, y a veces tan complicada, era de lo más simple que pueda imaginarse, a tono con el resto del utillaje y

de la técnica tipográfica de entonces: situado el molde en la piedra de la máquina, se iba entintando paulatinamente por medio de toques sucesivos con una almohadilla circular llamada *bala*, hasta que aquel quedaba totalmente cubierto de tinta; de aquí las irregularidades que se advierten en el entintado de algunos incunables. Así pues, dado que las operaciones de entintar y dar presión a los moldes se realizaban por separado e independientemente una de otra, al contrario que en las máquinas actuales, los fundidores no necesitaban preocuparse por la altura de sus tipos, ya que la presión se ejercía cualquiera que fuera esa altura. Podía suceder, efectivamente, que en algunos casos tales medidas fuesen distintas en cada uno de los talleres que se dedicaban a la fundición de tipos. Al menos, no existía la necesidad de que tales talleres trabajasen con las mismas medidas.

1.2. Creación de un sistema de medida

Un primer trabajo destinado a crear un sistema de medidas tipográficas que pudiesen generalizarse y unificarse se debe a Martin-Dominique Fertel, tipógrafo y librero francés (1684-1752). Él tuvo la primera idea para sistematizar la fundición de tipos; en las 292 páginas de su obra *La Science pratique de l'imprimerie* («La ciencia práctica de la imprenta»), publicada en 1723, describe lo que habría de ser el prototipo o tipómetro. Sin embargo, el destinado a establecer un primer sistema eficaz no fue Fertel, como veremos seguidamente. Tampoco lo sería el padre Sébastien Truchet (1657-1729), nacido en Lyon, donde algunos lo consideran el verdadero creador del punto tipográfico según un proyecto concebido en 1694. Es lo cierto que no tuvo aplicación práctica y que fue superado por las propuestas de Pierre-Simon Fournier.

1.2.1. EL SISTEMA DE FOURNIER

Hasta el primer tercio del siglo XVIII, la medida de los caracteres se establecía tomando como modelo una serie de tipos, cada uno de los cuales tenía adjudicado un nombre y una medida, en algunos casos relacionados ambos con la primera obra que con ellos se había impreso (por ejemplo, la letra cícero se llamaba así por haberse impreso en 1469, en Roma, la obra de Cicerón *Epístolas familiares*). Entre esos tipos tenemos la nomparella (6 p.), la gallarda (8 p.), la filosofía (11 p.), la lectura o cícero (12 p.), la gran parangón (18 p.), la peticano (28 p.), la doble canon (48 p.), etcétera. El proble-

ma estribaba, por una parte, en que tales medidas (además de las denominaciones mismas) eran poco fijas y, por otra, en que, dado que en la época la impresión se realizaba con papel humedecido, este, al secarse, hacía variar las dimensiones de los tipos, que sufrían una determinada reducción.

En 1737, el tipógrafo francés Pierre-Simon Fournier el Joven (1712-1768), punzonista y fundidor, publicaba una tabla de proporciones para la fundición de tipos. Para establecer la medida de los cuerpos se basó en un tipo, el más utilizado a la sazón, llamado *nomparella*, al que dividió en seis partes llamadas *puntos*; al doble de la *nomparella* (o sea, 12 puntos) le dio el nombre de *cícero*. La medida del punto de Fournier, en las fuentes consultadas, que tienen en cuenta diversos estudios posteriores, oscila entre 0,348, 0,349 y 0,350 mm, de lo que se deduce que el *cícero*, aunque tuviera 12 puntos como en todos los sistemas de medida tipográfica, oscilaba asimismo entre 4,176, 4,188 y 4,200 mm. Pero ninguna de estas medidas expresa con seguridad cuál de las varias pulgadas que a la sazón se empleaban en Francia fue la utilizada por Fournier. Se aventura la opinión de que probablemente aplicó una medida local, una pulgada cuyo valor exacto nos es desconocido, y las medidas que se proponen como verosímiles han sido obtenidas de sus propios impresos por varios investigadores que no concuerdan en sus resultados. Incluso se cree que pudo utilizar una medida no reconocida legalmente. La altura del tipo la fijó en 63 puntos.

Este sistema, que era duodecimal como acabamos de ver, lo puso en práctica el mismo Fournier en 1742 y perduró, aunque parcialmente (solo en ciertos lugares de Europa, especialmente de Bélgica), hasta entrado el siglo xx. En su *Manuel typographique* («Manual tipográfico»), publicado en 1764 (inacabado), admitió que su sistema presentaba un problema: puesto que, como hemos visto, se imprimía con papel humedecido, este, al secarse, reducía ligeramente las dimensiones de los tipos. Pretendió corregir el defecto añadiendo a la medida de los tipos la cantidad resultante del encogimiento del papel. Fácilmente se echa de ver que la exactitud de tal operación era cuando menos dudosa... También se atribuye a Fournier el encargo de un tipómetro para controlar este fenómeno, pero parece que los encargados de confeccionarlo nunca llegaron a vencer los defectos de la impresión con papel humedecido.

1.2.2. EL SISTEMA DE DIDOT

En el año 1775, otro tipógrafo también francés, François-Ambroise Didot (1730-1804), dio una base más racional al sistema duodecimal establecido por Fournier, eligiendo

para ello el pie de rey francés (324,839 mm), que se dividía en 12 pulgadas parisinas (27,07 mm); cada pulgada se dividía en 12 líneas (2,256 mm), y cada línea, en 12 puntos (0,188 mm). Puesto que este punto resultaba de difícil manejo como base de medida, Didot tomó dos puntos de pulgada, o sea, que dio al punto tipográfico por él creado un valor equivalente a la sexta parte de la línea, esto es, 0,376 mm. Como en el sistema de Fournier, a la unidad la llamó *cícero*, el cual seguía teniendo 12 puntos. La altura del tipo la fijó en 62 puntos y $\frac{2}{3}$ (62,67 puntos). Este es, hasta el momento presente, el sistema de medida tipográfica que rige mayoritariamente en Europa.

El sistema de medida de Didot, que fue aceptado en los principales países europeos (especialmente en Alemania), permitió prescindir de la nomenclatura tradicional de los caracteres que vimos antes, tan insegura y desigual.

1.2.3. EL SISTEMA ANGLOESTADOUNIDENSE

Este sistema, derivado también del de Fournier, fue establecido, al parecer, por Benjamin Franklin (1706-1790), que había trabajado como operario en la imprenta de su hermano James y fue propietario de imprentas y negocios editoriales en Filadelfia. En algún momento, tal vez en uno de sus viajes a Europa, tuvo noticia del sistema de medida de Fournier y, tomándolo como modelo, estableció su propia unidad tipográfica. En principio, esta se basa en la pulgada inglesa (25,4 mm), ligeramente inferior a la francesa (27,07 mm), o tal vez en la medida de Fournier, pero, en cualquier caso, se aplicó con algún tipo de error o inexactitud, puesto que la medida actual no concuerda con ninguna unidad de base. De aquí deriva la disparidad entre los sistemas de medida europeo y angloestadounidense, si bien en ambos casos el punto equivale a $\frac{1}{72}$ de las respectivas pulgadas. En este sistema, también duodecimal, el conjunto de los doce puntos recibe el nombre de *pica*. La altura del tipo es de 66,43 puntos.

La pica corrió en los Estados Unidos suerte paralela a la que había corrido el *cícero* en Europa. En principio, la confusión fue inmensa, como sucedía en Europa en tiempos de Fournier. Se podría adoptar el sistema Didot, pero el cambio suponía grandes pérdidas económicas, por lo que los tipógrafos estadounidenses prefirieron el caos antes que la ruina. En los Estados Unidos, el papel de Fournier y François-Ambroise Didot lo asumió Nelson Crocker Hawks, empleado de la fundición tipográfica Marder, Luse & Co., de Chicago. Hawks estableció el llamado *sistema estadounidense de cuerpos intercambiables*, cuyo punto era igual a $\frac{1}{72}$ de pulgada. En 1871, esta

fundición fue arrasada por el incendio de Chicago, y en 1878, una vez reconstruida, decidió adoptar la medida de la MacKellar Smiths & Jordan, en lo que fue seguida por otras fundiciones. Esta fundición propuso un punto equivalente a 0,013837 pulgadas (igual a $1/72,27$ de pulgada exactamente), o sea, que una pica medía 4,217 mm. Este sistema, denominado *British American Point System* (sistema del punto angloestadounidense), fue adoptado en 1886 por la American Type Founders' Association (Asociación Estadounidense de Fundidores de Tipos). El Reino Unido se adhirió en 1898, y con él, la Commonwealth. Por razones comerciales obvias, los países hispanoamericanos utilizan el sistema angloestadounidense.

En Europa, como hemos dicho, el sistema más extendido es el de Didot, pero en los últimos años de la imprenta de plomo aún había comarcas y talleres centroeuropeos (especialmente en Bélgica, Chequia, Eslovaquia, Alemania y Rusia) que utilizaban otros sistemas, principalmente el de Fournier y también una variante del sistema de Didot adoptada por Hermann Berthold en 1878 y consistente en hacer equivaler el punto Didot a $1/2660$ m. Las fundiciones tipográficas fundían tipos especiales para surtir a estas imprentas.

1.2.4. EL PUNTO «POSTSCRIPT»

A todas estas variedades de medida se suma modernamente, para el campo de la autoedición y la impresión por impresora, el que ha venido a llamarse *punto «postscript»*, unificado a $1/72$ de pulgada inglesa, es decir, 0,352 77 mm, redondeado a 0,353 mm. La influencia que esto puede tener en el trabajo en tipografía es importante. Resulta fácil imaginar que para evitarse problemas de conversiones, lo mejor, por más cómodo, es trabajar directamente con picas, puesto que tanto los programas como las máquinas que intervienen en el proceso de creación editorial trabajan directamente con esta medida, la pica que se ha dado en llamar *de Chicago*. Sin embargo, los viejos tipógrafos y otros que no son tan viejos prefieren mantenerse fieles a los sistemas de medida que hemos utilizado siempre. Estas personas optan por la conversión del sistema pica al sistema cícero, conversión para la cual existen tablas que dan excelentes resultados. Lógicamente, si no se eligiese la conversión, el tipómetro habría de ser de picas, no de cíceros. El hecho de que el Institut d'Estudis Catalans haya optado resueltamente por el tipómetro europeo dice mucho acerca de sus preferencias, con las que concuerdo.

2. Intentos de unificación

El deseo de unificar las medidas tipográficas se ha expresado varias veces desde hace más de siglo y medio; siempre, no obstante, ha tropezado con dificultades—técnicas y económicas— y ha sido sistemáticamente pospuesto. En la oposición han figurado siempre los fabricantes de material y maquinaria tipográficos y los dueños de las empresas, para los que necesariamente el cambio resultaba muy oneroso.

Quizá el primer intento para unificar la medida tipográfica se deba a Firmin Didot (1764-1836), hijo de François-Ambroise, inventor de la estereotipia y gran fundidor de caracteres. En efecto, en 1811 Napoleón, que a la sazón regía los destinos de Francia, ordenó a Firmin Didot que implantara el sistema métrico en la tipografía. Didot decidió que 2,5 puntos tipográficos equivaliesen a 1 mm, con lo que establecía un cíbero (métrico) de 10 puntos que medía 4 mm, en lugar del cíbero actual de 12 puntos y 4,512 mm; es decir, que el nuevo punto medía 0,4 mm en lugar de 0,376 mm. Sin embargo, estaba aún muy reciente la implantación del sistema de su padre, que había arraigado con fuerza, y su intento fracasó, en parte debido también a que su protector fuera desterrado a Santa Elena, lo que suponía la falta de recursos económicos para llevar a cabo el propósito. Pese a ello, este punto tipográfico puede estar aún en uso en la Imprenta Nacional de París..., si siguen usando la vieja tipografía.

Como se ha visto antes, en 1878, Hermann Berthold propuso utilizar una correspondencia del punto Didot con el sistema métrico decimal, para lo que estableció que el punto equivaliera a $1/2660$ m; es decir, que el punto mediría 0,3759 mm, y el cíbero, 4,510 mm.

Sin embargo, la preocupación por la unificación de la medida tipográfica no termina aquí, sino que se convierte en tema obligado de todos los congresos acerca de las artes gráficas y afines, convocados por cualquiera de las asociaciones internacionales. Las opiniones eran encontradas: mientras unos propugnaban la unificación sin más dilaciones, opinaban otros que los cuantiosos gastos que ello supondría serían casi inútiles, por cuanto el sistema duodecimal no ofrece inconvenientes insalvables. En el XII Congreso Internacional de la Industria Gráfica, celebrado en Cannes en 1966, se planteó la cuestión de la conversión del sistema tipográfico al sistema métrico y se encomendó a la Oficina Internacional de las Federaciones Patronales de Industrias Gráficas que coordinase los trabajos, pero no se tienen noticias de que se avanzase en esa dirección.

Allá por los mismos años sesenta del siglo pasado (el xx, que no está tan lejos), el londinense Walter Tracy resucitó la vieja propuesta de Firmin Didot y propuso la

unificación de los puntos Didot y pica en un punto métrico común, de forma que, como se ha dicho antes, 1 pt (punto tipográfico) equivaliera a 0,4 mm; o sea, que 2,5 pm (puntos métricos) equivaldrían a 1 mm, y 10 pm equivaldrían a 4 mm. Consecuentemente, el cícero métrico tendría 10 puntos en lugar de los 12 actuales, y mediría exactamente 4 mm. Por desgracia, la propuesta tuvo el mismo eco que las que la habían precedido.

Se habló después, más o menos por las mismas fechas, de una decisión tomada en el seno del entonces denominado Mercado Común Europeo, hoy Unión Europea, según la cual antes de 1978 se sustituiría el punto tipográfico (pt) por el punto métrico (pm). No especificaba la noticia, publicada en las revistas profesionales, cuáles serían los parámetros que se pensaba utilizar para tal sustitución, pero lo cierto es que, a la postre, importó poco. En efecto, en 1985 se introdujo un sistema de composición y compaginación denominado *autoedición*, el cual dio al traste con varios de los problemas relacionados con la medida tipográfica, aunque introdujo otros, como, por ejemplo, el hecho de que se pudieran utilizar unidades de medida que en la tipografía clásica no existían (por ejemplo, pulgadas, pulgadas decimales y picas).

En relación con esto, desde principios del siglo XX se venía imponiendo paulatinamente un sistema de impresión llamado *ifset* que consistía en preparar fisicoquímicamente una plancha sin huecos ni relieves que permite imprimir de forma indirecta; es decir, no ya, como antes, de la forma al soporte (o sea, del molde al papel), sino de la forma (generalmente cilíndrica) a un cilindro normalmente de caucho que recibe la huella y la trasfiere al papel. Actualmente, este sistema de impresión está tan generalizado que las máquinas de impresión tipográficas están en declive o en vías de desaparición. Se resuelve así uno de los problemas que impedían la unificación métrica del punto tipográfico: ya no es necesario sustituir las viejas máquinas tipográficas ni tener en cuenta la altura del tipo para la impresión.

Hoy, la autoedición ha permitido superar incluso la preparación de una película llamada *fotolito*, en uso todavía no hace muchos años (y aún hoy en algunos talleres). En efecto, en la actualidad, mediante el sistema denominado *directo a plancha* o *C-t-P* (*computer to plate*), las páginas preparadas en el ordenador mediante los programas de composición y compaginación se insolan directamente en la plancha de impresión. Ajustada esta plancha a los cilindros, la impresión no es más que un paso sucesivo, prácticamente sin solución de continuidad, entre el compaginador y la máquina de imprimir.

Sin embargo, aunque otra cosa pareciera, el tema de la diversidad de medidas aplicadas al impreso no ha desaparecido. De cuando en cuando aún surgen discusio-

nes y posturas favorables a convertir el punto actual al sistema internacional de unidades, frente a partidarios de seguir con el sistema actual de puntos tipográficos. Si se eligiera el punto métrico (0,4 mm), los cuerpos actuales serían sustituidos por los que se indican: cuerpo 6 = 2,4; 7 = 2,8; 8 = 3,2; 9 = 3,6; 10 = 4,0; 11 = 4,4; 12 = 4,8; 14 = 5,6; 16 = 6,4; 18 = 7,2; 20 = 8,0; 22 = 8,8; 24 = 9,6; 26 = 10,4; 28 = 11,2; 30 = 12,0; 32 = 12,8, y así sucesivamente. En realidad, no creo que sea necesario sustituir los cuerpos actuales por los indicados. Bastaría con saber que las antiguas denominaciones de los cuerpos (6, 7, 8, 9, 10, etcétera) tienen ahora valores distintos de los antiguos. Así, el cuerpo 6, como hemos visto, equivaldría a 2,4 mm en lugar de los actuales 2,25 mm, y así sucesivamente. Desde este punto de vista, mejor fuera partir de un cícero de 10 puntos que mida 5 mm (0,5 mm por punto), en lugar de los 4 propuestos. En este caso, las equivalencias en milímetros serían facilísimas para cada cuerpo. Por ejemplo, el cuerpo 6 equivaldría a 3 mm; el 7, a 3,5; el 8, a 4; el 9, a 4,5; el 10, a 5 mm, como se ha dicho. Pero los cuerpos seguirían siendo los actuales. Solo cambiarían sus valores en milímetros, cuestión que carece de importancia. A la postre, lo que hemos hecho ha sido redondear por arriba, en lugar de por abajo, los milímetros del punto tipográfico. Es decir, en la equivalencia a 4 mm reducimos los 4,512 mm del cícero europeo; pues bien: en la equivalencia a 5 mm propuesta aumentamos los 4,512 mm.

Existe también una propuesta para definir el cuerpo de un tipo como la altura de la mayúscula expresada en milímetros. Por ejemplo, tendríamos el cuerpo 6 = 1,5; 7 = 1,75; 8 = 2; 9 = 2,25; 10 = 2,50; 11 = 2,75; 12 = 3; 16 = 4; 18 = 4,5; 20 = 5; 22 = 5,5; 24 = 6; 26 = 6,5; 28 = 7; 30 = 7,5; 32 = 8 (= 32), y así sucesivamente. Todo esto me parece tan disparatado como lo anterior.

Sí es útil la medida del alto de la mayúscula para averiguar el cuerpo de un tipo: se mide la altura de la mayúscula en milímetros, se multiplica por 4 y el resultado es el cuerpo tipográfico expresado en puntos. Por ejemplo, si la mayúscula mide 9 mm, estamos ante el cuerpo 36. El sistema prácticamente solo es exacto en cuerpos a partir del 8 hasta más o menos el 60; los menores y mayores escapan de la exactitud en esta medición. Se afina más si en vez de medirlo con la escala de milímetros se le superpone la columna del tipómetro preparada para que coincida con la mayúscula y así hallar su correspondencia en milímetros. Téngase en cuenta que a veces será casi imposible determinar el tamaño exacto del ojo, ya que lo que el sistema proporciona es el tamaño del cuerpo, no el del ojo; si este mide, por ejemplo, 8,17, será difícil deducirlo de la medición de la altura de la mayúscula por los procedimientos actuales.

3. Colofón

Los problemas planteados por la divergencia en las medidas aplicadas a la tipografía pueden causarle un ligero dolor de cabeza al corrector tipográfico, tanto de primeras como de segundas pruebas, el cual debe comprobar atentamente la aplicación correcta de todas las indicaciones plasmadas en el original en todas y cada una de las partes del impreso que corrige o comprueba. También, al diseñador, al compositor, al compaginador... Para ello, naturalmente, se hicieron los tipómetros y los lineómetros, como este que se presenta... Que, por cierto, seguiría siendo necesario y útil si algún día se unificasen los sistemas de medidas tipográficas: *mutatis mutandis*, siempre habrá un texto que medir...

[Acte de presentació del tipòmetre de l'Institut d'Estudis Catalans, 10 juliol 2002]